



Yo y Los Afines

De Enrique Neiman

Por Luis Vargas Saavedra

A quien le desagrada el vaho a chicha o a chupe de guallitas que de sus páginas sale escórificamente, a eso hay que aconsejarle que insista: el libro de Enrique Neiman no es lo que parece y bien pronto nos ha echado el lazo. Atrapados, seguiremos conviviendo los recuerdos, que se suceden medio cultos y medio llanos, colapsándose entre la talla y la paya.

El enfoque es premeditadamente restringido. Quiere contarnos las peripecias de un grupo sensitivo en un entorno inhóspito: una pléyade de criaturas enmalanadas por trascender su medio, a través del arte y la cultura, extravagantemente portados y ricos de humor —todo lo cual ya nos está alertando a que el libro es más complejo de lo que parecía, y que encierra, por lo menos, dos realidades.

Esta máscara en contrapunto dificulta la crítica del libro, que nos exige sortear cuidadosamente sobre cuál de sus ámbitos —dos por lo menos— se la exprese. Por ejemplo, hay la consideración demográfica, que uno haría del caso de una órde cultural, rímicamente apostática entre filisteos y gastronómicamente docente entre palardos. Pero supongamos que ya sólo *Los Afines* harían de síse adjetivar como "héroes de la cultura".

Nos queda, entonces, el aspecto psicológico de sus personajes —no de los estos con historia, pasaporte y carnet— sino la de aquellos que como Antonio Acevedo Hernández, Andrés Sabella y Nicomedes Guzmán se quedan vivos y colmados en el palmo de letras que Enrique Neiman les consiente. O les ofrenda "en pensión". Pero nunca justiciariamente ajustado a la largura, a la proporción, a la estatura y al dinamismo que ellos palpitan.

¿Están mismamente vivos para quien nunca los ha tratado ni supo de ellos? ¿Hasta dónde la biografía parte segura de que sus protagonistas parecerán vivos y verídicos, porque, como fueron vivos, ya son verídicos?

Algunos personajes, al ser ya tan de carne y hueso en la realidad, no podían expallarse en las meras letras de la realidad literaria, aunque allí se les perfije con apenas dos adjetivos y un punto final, que no los última. Porque en este libro de pretendidas memorias o recuerdos a lápiz las dos realidades rigían en rate en la autobiografía, y bien pronto se contraponen en la fabulación.

Lo más bizarro del libro es que plasma opuestas, más que personajes.

Las breves memorias se narran ante unos escuchadores que surgen y son creados en el libro mismo. Auditorio invisible, andrino, tónico, cuya silenciosa atención resulta audible: recibes todo el relato, y lo vas azumando.

En cambio, sus personajes quedan tiberoteados sin fondo ni engarce. No se transforman sutil, leve o truculentamente, interactuando en mundales a en compiote. Jamás aborda en ellos: estoca, munda, ministradora. Primeros de tallador de estribos, o escamotes de la obra en grande.

Además, el narrador está hecho de una mezcla de líder y víctima, de atrevido y quedado, según la misma mezcla de opuestos, que alternan en el libro: por un revés es campechanería, por el reverso es chileanismo. La personalidad de este relator logra

intermeamos, incluso a través de sus defectos. ¿Para qué enumerárselos, si él jamás se olvida y nunca deja de verse?

Sus "recardillos" los realiza con tamaño desparpajo, con tan colmada vivacidad, que ya nos ha echado un segundo lazo.

Por la índole, recuerda a los ladinos rapaces de la Picaresca: igual de estílicos y de tróicos. Israel le apuntala por ahí con su milenaria capacidad de dolor y de resistencia.

Tampoco el estilo es portento. Eficaz, sí. Se expresa con el gráfico lenguaje chileno, aliñado por un surtido de vocablos que van en alameda, desde lo literario, con lo areisco (que pudiera ser el habla santiandina), hasta lo recién cuajado en el Chile, "antes de" y "después", como por allí dice.

Tal cumplimiento con la llaneza hablada es lo que le avala la expresividad; de ahí está, lingüísticamente, el fundamento del libro: conversación de un libro de despalte verbal. En cuanto se adecua a los actos, dándole primacía al asunto, entonces su estilo se vuelve barreramente invisible.

Lo cual no quiere decir que este libro, por atono y fluído, sea un dechado de expresión. Le faltan, por lo menos, 500 páginas para poderlo avaluar bien y comprobarle los aciertos. Pues, tal cual está, pudiera ser el mere protago el libro que vióiere. Que se admea.

A veces un narrador tropieza con una argolla en el rigio; al tirarla levanta la tapa de la Cueva de Aladino. Que baje hasta la última grada: que se abra; que triunfe o se muera en la empresa —pero ¡que no se quede corto!

Al escamotear su empresa, rehúye hacer novela. Y su relato propende a ella. "Los Afines", en su calidad de club literario inserto en un pueblo, aunque defiende su derecho a ser fraternidad exclusiva, casi délica, tiene que reconocer y abranar su vínculo con las gentes del entorno, y por allí dedicarse a la vasta complejidad de la Novela.

Nos falta el artificinax en este libro que embotra más los chistes que los tedios. Claro que no se trata de aburrirnos con el aburrimiento cuajado letra por letra. Lo que hay que incluir es la sensación del pueblo opaco, inerte, neutro y apesivo, capaz de subitas euforias.

Y tal vez se quitarán tan luego aquellas luces de bengala: Pablo Neruda, Hugo Lindo, Andrés Sabella; dejándoles hablar, para que soamos nosotros los que ratemos y ponderemos sus esplendores, en vez de tener que aceptar resúmenes de narrador. El cuentista y el anecdotero obran así, samaritanas; cicateando lo que el novelista —más invisible y tanto más prolíjo— otarga sin superponer su creencia o su impaciencia.

Enrique Neiman puede, legítimamente, defenderte del cargo de novelista escamoteado, aduciendo que el suyo es oficio de cuentista entretenido. A lo que le responderíamos que su libro asilla entre el cuento y las memorias, con anticipo de novelaría.

Su propia trampa está en haberse dejado llevar, por los recuerdos, los cuales le restaban a la ficción, la que lo empuja a la novela.

Repito lo que dije antes: *Los Afines*, de Enrique Neiman, protogan la novela contundente, vivaz y santiandina, que él viene caldando en su palmo de escritor.

Yo y los afines de Enrique Neiman [artículo] Luis Vargas Saavedra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vargas Saavedra, Luis, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Yo y los afines de Enrique Neiman [artículo] Luis Vargas Saavedra.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile